

El alma religiosa muere con más confianza.

Morir santamente; he aquí el punto más importante bajo todos conceptos..... Pues bien; se pueden escribir en la puerta de todas las casas religiosas estas palabras que se leen en la entrada del monasterio de la Trapa: «*Si algunas veces es duro vivir aquí, es muy dulce el morir!*» Si, es muy dulce morir en una casa religiosa, porque allí se ha vivido más santamente que en el mundo; se ha renunciado uno á sí mismo más continuamente; ha sufrido más pacientemente; ha amado más ardientemente; ha trabajado más asiduamente, y, sobre todo, se ha confesado y comulgado más piadosamente.

«¿Cómo no he de morir contento?, decía un religioso que estaba en la agonía con la sonrisa en los labios; el Señor ha prometido el cielo al que lo deje todo por El; yo lo he dejado todo por su amor, y Dios va á cumplir su promesa.»

De otro religioso moribundo son las palabras siguientes, que toda religiosa que haya sido observante y mortificada podrá repetir también en la hora de su muerte: «*No creía que fuese tan dulce el morir* (1)!

(1) «Algunas veces, dice san Ligorio, las jóvenes temen abrazar la vida religiosa por miedo de tener que arrepentirse. Mas yo quisiera que al elegir ese estado no pensarán en la corta duración de la vida, sino en la hora de la muerte, de la cual depende la felicidad ó desdicha eternas. Les preguntaría si piensan tener una muerte

El alma religiosa abrevia su purgatorio.

En primer lugar, porque por su profesión, según enseñan los teólogos, la religiosa obtiene la remisión de la pena temporal de todos sus pecados cometidos en el siglo, de tal suerte que, si está bien dispuesta, gana en aquel día indulgencia plenaria que le abriría el cielo si muriese en seguida; y ¿cuál es la religiosa que entonces no está perfectamente dispuesta?

Además, porque las faltas veniales cometidas después de la profesión, todas las ha expiado con las oraciones, las mortificaciones, las comuniones, los trabajos de todos los días y las muchas indulgencias con que están enriquecidos todos los ejercicios de comunidad, y en fin, porque después de la muerte de cada religiosa, todas las hermanas rezan mucho por ella, y se celebran gran número de misas por el eterno descanso de su alma.

más dulce y más tranquila cuando, rodeadas de parientes interesados y deshechos en lágrimas, y afligidas por mil recuerdos dolorosos, se vean por fin obligadas á renunciar á todas aquellas vanidades que antepusieron á la vida oculta en Dios, ó cuando, por el contrario, en una celda silenciosa, sostenidas por piadosas compañeras, consoladas, fortalecidas con el pensamiento del sacrificio que han hecho, se vean exhortadas con piadosas palabras á morir, á ir al cielo, á unirse con Jesucristo, por quieto lo han dejado todo.

El alma religiosa gana más hermosa corona.

Porque el esplendor de la corona del cielo es proporcionado al amor que el alma ha tenido á Dios y á los sacrificios que ha hecho por El.

Y ¿quién ha amado á Dios más que una religiosa? ¡Ha renunciado por El á todo lo que amaba; á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á toda esperanza de gozo humano, de bienestar material, de gloria y satisfacciones! ¡Le ha dado su cuerpo y su corazón por el voto de castidad; sus bienes, su tiempo, su industria, por el voto de pobreza; su sér todo entero por el voto de obediencia!

III

He aquí una exposición sencilla y poco entusiasta de las *ventajas* que el estado religioso ofrece al cuerpo al mismo tiempo que al alma; y ahora preguntamos á toda persona sincera si puede exigir más, y si, conociendo el estado religioso siquiera por las páginas que le hemos consagrado, no *ve* que todas estas ventajas existen realmente.

¡Oh! lo sabemos muy bien; en las comunidades hay religiosas que no prueban las delicias de que hemos hablado; las hay también que las niegan, y que firmarían todas las palabras que diremos en el capítulo siguiente; pero dice san Ligorio que las tales no son *buenas reli-*

gias. Ser buena religiosa y ser feliz es todo uno, porque, consistiendo la felicidad de la religiosa y su perfección en la estrecha unión de su voluntad con la de Dios, desde que esta voluntad se *separa* ya no está ella en su lugar, y por consiguiente padece.

La religiosa está realmente, con anticipación, ó en un *Paraiso* ó en un *Infierno*.

¿Qué es, en efecto, el *Paraiso*? Es estar lejos de las penas y de los disgustos del mundo; es vivir y conversar con los santos y gozar de su dulce amistad; es, por fin, estar unido á Dios, no tener más voluntad que la suya, y gustar en esta unión de una paz inalterable. ¿No es esta la vida de una religiosa fiel?

¿Qué es el *Infierno*? Es estar agobiado de penas y sufrimientos, de los cuales no son más que pálidos reflejos los de la tierra; es vivir en medio de seres perversos, horrorosos á la vista, despreciables, repugnantes; es no poder hacer jamás su voluntad; es estar encerrado en una casa de la que no se puede escapar; es, por fin, rechazar á Dios y verse abandonado de El. ¿No es ésta la vida de una religiosa infiel? Le es tan imposible estar contenta teniendo el alma acribillada de heridas, como estar buena teniendo el cuerpo cubierto de úlceras.

Las religiosas no *fervorosas*, sino sencillamente *fieles*, tienen también sus pruebas; pero la conciencia tranquila es un bálsamo que endulza las amarguras.

El estar persuadida de que las contrariedades y las penas son ocasión para gozar en el porvenir de una inmensa gloria, ¿no es sufi-

ciente motivo para ahogar toda murmuración?

Además, Dios recompensa de vez en cuando con delicias interiores á esas buenas almas, que, sumisas y resignadas, sufren con paciencia y amor.

De donde se sigue que las religiosas que buscan los consuelos humanos están *siempre descontentas*, mientras que las que aceptan con resignación todo lo que Dios les envía están *siempre contentas*.

¿Queréis comprender y saborear la dicha de ser religiosa? Estad bien convencidas de que *sólo Dios puede hacer vuestra felicidad*, y que *el alma que ha encontrado á Dios lo ha encontrado todo*.

Si se conociera en el mundo la paz, el gozo, el contento, la seguridad, que es la herencia de las almas religiosas, el universo llegaría á ser un vasto monasterio, y todo el mundo, dice santa Magdalena de Pazzis, vendría á asaltar nuestros piadosos retiros.

San Lorenzo Justiniano pensaba que «*Dios había ocultado de intento á las gentes del mundo la felicidad del estado religioso, porque, si se pudieran formar de ello una idea, todos pedirían ser admitidos*».

Y san Luis Gonzaga se admiraba de que no se hiciesen religiosos todos los hombres; ¡tanta felicidad había encontrado en la Compañía de Jesús!

¡Delicias del claustro, placeres puros del alma que conoce á Dios, que le posee y le ama! ¡Gozo del sacrificio y de la penitencia, más dulce, más profundo mil veces que todos los

gozos, que todos los placeres, que todos los amores de la tierra! ¡Desgraciados los que os ignoran y os niegan porque no os comprenden!

Esta vida del alma es para la mayor parte de las personas *un mundo desconocido*. El vulgo la mira y no la ve, y cuando se le habla de ella, ni siquiera entiende lo que se le dice.

El vulgo se compadece de esas religiosas que han sacrificado una *posición brillante*, una *libertad* que les ofrecía tantos placeres, un amor tan dulce al corazón, para ir á ponerse bajo tan pesado yugo; para encerrarse entre cuatro paredes; para privar al corazón de las delicias de la familia.

¡Pobre vulgo!

Mandad ejecutar delante de un sordo las más conmovedoras armonías, y se quedará insensible y helado; y si ve vuestro rostro conmovido y bañado en lágrimas, se encogerá de hombros y os tendrá por un mentecato. El no ve más que bocas desmesuradamente abiertas, brazos agitándose en el vacío y pulsando instrumentos más ó menos caprichosos.

Hablad á un ciego de los esplendores del firmamento, de la magnificencia del día, del efecto maravilloso del sol al ocultarse detrás de las montañas; de la armonía de los colores de un cuadro y del efecto que produce en vuestra alma; os escuchará tranquilamente, y dirá en voz baja: «*Este hombre está loco; habla de lo que no puede ser, se forja ilusiones; compadezcámosle*.» Y os compadecerá.

¿Quién es el loco, quién es el verdaderamente digno de lástima?

ARTÍCULO 2.º

Ventajas de la vida religiosa para la sociedad.

Quisiéramos en estas pocas páginas, que nos veremos obligados á abreviar, quisiéramos haceros comprender, almas consagradas á Dios, *todo lo que valéis*.

He aquí una gran palabra: *lo que valéis*. ¡Oh! no *por vosotras mismas*, pobres religiosas, que, no obstante vuestra altísima dignidad de esposas de Jesucristo, debéis decir con profundo sentimiento de convicción estas palabras tan humildes de la Santísima Virgen: «*El Señor ha mirado mi bajeza*; ha tenido piedad de mí, y me ha mostrado tan grande afecto que, sin que yo sepa la causa, me ha elevado á la dignidad de sus esposas.» Pero *lo que valéis es por los dones* que Dios os ha dado gratuitamente y por la *consagración* que de vosotras ha hecho la Iglesia.

«Un escultor, dice san Agustín, ve una pieza de madera en el bosque, y se detiene á contemplarla; ¿qué es lo que le encanta? No es, por cierto, la pieza de madera informe y grosera, sino lo que de ella puede hacer. Está entusiasmado, *no por lo que es, sino por lo que podrá ser.*»

¿No puede aplicarse esta imagen á toda religiosa? Era una *pieza de madera* informe é inútil, y acaso buena tan sólo para el fuego; pero Dios, al fijarse en ella, no ha considerado lo que era, sino lo que El quería hacer..... y vedla ya, por un efecto de su misericordia,

hecha imagen semejante á Jesucristo, su único Hijo; una imagen viva que ella misma ha de perfeccionar; ha hecho de su alma un *vaso sagrado*, y en este vaso ha puesto *la sangre y los méritos* de Jesucristo, y esa sangre de Jesucristo y esos méritos son los que, presentados á Dios perpetuamente por las religiosas, *conservan el mundo*.

El mundo no existe sino por las comunidades religiosas.

La religiosa *de clausura* (hablamos especialmente de ésta porque la misión social de la religiosa que asiste á los enfermos está á la vista de todo el mundo), la religiosa de clausura, solidaria de las deudas morales de la humanidad, ofrece por ellas el rescate con sus vigilias, sus ayunos y sus oraciones. Es á la vez *el ángel* custodio del pecador á quien Dios va á herir; *el ángel protector* del alma que está á punto de extraviarse; *el ángel expiador* del corazón culpable que huye de Dios, y blasfema contra él; *el ángel consolador* del alma ulcerada, presa de la desesperación.

Padece, y sus padecimientos retardan el castigo de una alma que lo ha merecido.

Ora, y su oración atrae sobre la tierra las más abundantes gracias (1).

(1) Los antiguos consideraban la sociedad como un sér viviente cuya respiración es la oración; lo cual equivale á decir que *la oración es el termómetro de la vida de los pueblos*. En nuestra sociedad se trabaja, se atiende á los negocios, pero *no se ora jamás*, y si la sociedad no muere es porque hay almas ocupadas continuamente en hacer descender sobre ella las bendiciones del cielo.

Llora, y sus lágrimas, sangre del alma, rescatan toda una vida de pecados.

Vela, y alguna pobre joven, en peligro de sucumbir por estar sin asilo y sin recursos, se siente confortada, y vuelve á tomar llena de esperanza su labor de cada día.

Ama á Dios solamente, y este amor generoso es una Providencia para la humanidad. «Dios, dice el Padre Lacordaire, quiere que todo el que ayuna dé su pan al que no lo tiene, que toda alma que llora á los pies de Jesucristo quite del seno de otra alma desconocida cierta cantidad de amargura (1).»

Explanemos estas ideas, según una excelente obra (2). Estas páginas os harán comprender

(1) «¡Cuántas gracias, dice Mons. Mazenod, hacen descender del cielo las preciosas siervas del Señor recogidas á la sombra del santuario, como rocío celestial sobre el alma de los pecadores, admirados ellos mismos de su conversión y no pudiendo humanamente explicar la causal! ¡Cuántos á la media noche, al salir de una fiesta mundana, ó de una orgía, han oído la voz de Dios al mismo tiempo que el sonido de la campana del monasterio! ¡Cuántas veces las fervientes súplicas de aquellas santas hijas han obligado al ángel exterminador á envainar la espada vengadora! Y cuando está llena la medida de las iniquidades y faltan víctimas para la cólera de Dios, ¿pensáis que la sangre de los pecadores desarma su justicia? En el sacrificio de un pecador la justicia divina sólo ve una víctima impura; pero que una virgen oculta á los ojos del mundo, viviendo en un estado de expiación continua por pecados que no ha cometido, sucumba bajo los golpes del Señor, su justicia se da por satisfecha ante una víctima enriquecida con todos los tesoros de la inocencia más pura y de todo el sobrante de la penitencia más rigurosa y más voluntaria.»

(2) *La fille de Sion*, por el abate Fournier.

mejor la grandeza de vuestra vocación y os moverán á dar gracias con más fervor á ese Dios tan bueno que os ha llamado á tan grandes cosas:

«Hay crímenes sociales, como hay crímenes individuales; crímenes que necesariamente se han de expiar; pero ¿dónde se encuentran esos grandes penitentes que piensen en sufrir por la sociedad? *En el claustro*. Porque no se encontraron diez justos en la culpable Sodoma, fué consumida con fuego del cielo. También nuestras ciudades son culpables; pero gracias á las obras de expiación hechas en los claustros, Dios no descarga su brazo sobre ellas; ora Moisés durante el combate, y hacen más sus oraciones que todas las armas de los soldados.»

Los tres grandes azotes de nuestra sociedad son: *la ambición, la independencia y la sensualidad*. Según la admirable doctrina de san Pablo, Dios envió su Hijo al mundo para curarlo de estas tres llagas.

Dios estaba en Cristo, dice, *reconciliando el mundo consigo y reconciliándose el mismo con el mundo*.

Y como Dios se reconciliaba con el mundo por Cristo, en Belén, en Nazareth, en el Calvario, se puede decir en cierto modo que en el convento se reconcilia todos los días por estas víctimas, que, á semejanza de Cristo, son pobres como el establo de Belén, obedientes como Jesús en Nazareth, castas como Cristo; llevando en su cuerpo la mortificación de Jesús, las señales de su cruz, y cumpliendo en sí mismas lo que ha faltado á los sufrimientos de su

divino Maestro. En efecto; al religioso y á la religiosa es á quienes Dios llama para neutralizar y combatir las tres corrientes en que va revuelta la generación actual: *la ambición, la independencia y la sensualidad.*

1. La *ambición* es el hábito y la pasión del siglo. En todas partes se dice: «Acumulemos bienes, seamos ricos, seamos opulentos en nuestros trajes, en nuestros edificios, en nuestros muebles, suntuosos en nuestras mesas.» Así ved cómo los hombres se pesan á peso de oro, cómo las familias se forman en el oro; cómo la sociedad entera se revuelca sobre el oro. Tal es la corriente que amenaza arrastrarlo todo, hombres, familias, sociedad. ¿Qué se necesita para detenerla? ¿Leyes? Serían impotentes. Es preciso *el ejemplo del despojo voluntario, la pobreza del pesebre*, y éste es el ejemplo que da la religiosa. Jesús le ha dicho: «Hija mía, por mí serás pobre y con pobreza absoluta.» La novicia le ha respondido: «Sí, por vos, Señor, seré pobre y con pobreza absoluta. Hago voto de pobreza perpetua. Juro que por poseeros, ¡oh divino Maestro!, no poseeré ya nada, ni siquiera un punto de la tierra en donde pueda poner el pie y decir: esta es mi casa; ¿qué digo?, ni siquiera un grano de tierra, de plata ó de oro que yo pueda tomar en mi mano diciendo: este polvo es mío» (1).

Así es como la religiosa opone la ambición de la pobreza á la ambición de las riquezas, diciendo desde el fondo de su claustro al

(1) P. Félix: *La Carmélite.*

mundo: «Hay algo mejor para el cristiano que el ser rico con el mundo, y es el ser pobre con Jesucristo.» Y mientras que los mundanos repiten por todas partes: *Riqueza, riqueza, riqueza*, la humilde religiosa repite en la obscuridad de su claustro: *Pobreza, pobreza, pobreza.*

2. La segunda corriente que arrastra á la sociedad es *la independencia*, ese viento reinante del siglo XIX, que sopla por todas partes, en la sociedad, en la familia, en el taller, etc. Mas, ¿veis á la joven heroína, hija de reyes ó de un simple labrador? Jesucristo le ha dicho: «Tú puedes, hija mía, aspirar á la independencia y á la libertad; pero considera lo que he hecho por ti; heme aquí obediente, y obediente hasta la cruz. Tú quieres amarme, hija mía, por consiguiente, quieres parecerme á mí; por mí serás obediente, obediente siempre y con obediencia absoluta.»

La noble y humilde hija ha respondido: «Sí, Maestro; por vos seré obediente siempre y con obediencia absoluta. Yo podía un día tener criados y criadas, dispuestos á hacer en todo mi voluntad; podía gozar de entera y plena libertad; pero, Señor, os prometo una obediencia absoluta y perpetua, y lo juro en vuestra presencia.....: no mandar jamás, obedecer siempre, tal es la vida que abrazo para consumir con vos mi sacrificio.»

Así, mientras que alrededor de esos muros adonde vienen á estrellarse las olas del mundo como en una infranqueable ribera, no se oyen resonar más que estas palabras: *Independencia, independencia, independencia*, dentro de esas

paredes en donde los ángeles encuentran un eco del cielo en el armonioso concierto de las voluntades sumisas á la divina voluntad, sólo se oyen resonar estas palabras: *Obediencia, obediencia, obediencia* (1).

3. La *sensualidad*, ó el imperio de los sentidos, el afán inmoderado de satisfacciones sensuales, es la tercera corriente que arrastra el mundo al abismo. ¿Quién podrá reaccionar eficazmente contra esos excesos de sensualismo, que conducen á las orgías de la voluptuosidad, al enervamiento de las almas y á la ruina de la sociedad? Una sola cosa: el ejemplo de la castidad inmaculada; una vida angelical en naturalezas humanas; una vida de austeridades en una carne mortal. Esto es lo que hace la religiosa en su claustro; reacciona, por la práctica de una pureza heroica y de una castidad angélica, contra los atractivos de ese sensualismo que rodeó su juventud. Jesucristo, que ha reducido su corazón con los hechizos de una castidad perpetua, le dijo un día: «Hija mía, yo te he escogido; por mí serás casta con castidad absoluta.» Y la esposa ha respondido con gozo: «Sí, Dios de pureza, por vos seré casta con castidad absoluta; para vos, Cordero sin mancha, para vos esta carne inmaculada; para vos este cuerpo puro todavía; lo pongo en vuestro altar con todos sus instintos y todas sus concupiscencias. Jamás, yo os lo juro, tendré otro esposo que á vos. Por vos, Dios mío, este cuerpo será víctima; os lo prometo con

(1) P. Félix.

juramento irrevocable que abrazaré para siempre la angélica castidad.»

Y para no ser infiel á sus promesas se rodea de ásperas defensas, doma de antemano rebeldivas que no han venido todavía y que acaso nunca vendrán; castiga su carne pura y limpia, como lo hacía en el desierto la penitente Magdalena. Para exterminar hasta los últimos vestigios de la sensualidad y reparar las intemperancias mundanas se entrega á los ayunos, á las abstinencias, á los cilicios, á las flagelaciones; y á medida que esta pura y casta víctima castiga su cuerpo inocente, y desgarrá su carne virginal, está diciendo: «Reparo, satisfago, expío. Reparo los desórdenes del mundo; satisfago á la justicia divina; expío con el exceso del dolor los excesos del placer.... Víctima, cumplo mi vocación; padezco y me sacrifico por la salvación de mis hermanos.»

«Hombres del mundo, tan sedientos de placeres, tan hambrientos de voluptuosidad, ella expía vuestros desórdenes; mujeres cristianas, tan dispuestas á gozar, tan débiles para sufrir, ella expía vuestros refinamientos sensuales. Y mientras que el mundo repite: *Placeres, placeres, placeres*, la religiosa exclama con entusiasmo: *Castidad, castidad, castidad*.